

escusar á Mr. de Noailles, le atribuyeron la doblez mas indigna de su carácter, de su grado y de la misma reputacion de candor que generalmente gozaba. Hablaron otros en tono muy distinto sobre la Instruccion pastoral. El P. Gerberon no tardó en publicar unas Observaciones, en que poniendo al arzobispo en contradiccion consigo mismo, decia, que si en la segunda parte de la instruccion pastoral habia reconocido la voz de un pastor, en la primera no habia encontrado sino las preocupaciones y obstinacion de un mercenario á quien no podia seguirse sin apartarse del camino recto. Resintióse tanto el arzobispo de los indecentes y mordaces tratamientos que se le daban en las Observaciones, que los mismos que le cercaban de continuo y que conspiraban á engañarle, creyeron deber arriesgarlo todo para aplacar su indignacion.

El abate Couet, entonces fogoso jansenista, escribió al P. Quesnel, que tenia toda la autoridad sobre la secta, diciéndole que convenia dirigir una carta al hermanito German (este era el nombre de guerra del doctor Boileau, director del arzobispo) en que se vituperase abiertamente la audacia del autor de las Observaciones. Esta comision, muy delicada en sí misma, presentaba nuevas y mayores dificultades para que se encargase de ella el P. Quesnel, porque habia antes escrito al mismo abate Couet una carta llena de elogios del libro censurado por el arzobispo, y recientemente habia dirigido otra á Mr. Willart, en la que hablaba de la censura como de un crimen horrendo, capaz por sí solo de suspender todas las bendiciones celestiales. «Sorpréndeme sobremanera, le decia, el ver que don Antonio de San Bernardo (este es uno de los nombres que el partido daba al arzobispo) tome unas resoluciones tan perjudiciales á su reputacion: este hombre lo echa todo á perder. Importa mucho que el que ha cometido tamaño delito en un puesto tan santo y sublime, conozca su falta en toda su estension, que pre-

venga las consecuencias con la penitencia, que se humille y que permanezca humillado.» Tales eran las circunstancias en que recibió Quesnel la carta del abate Couet, que queria empeñarle á decir una mentira de las mas hábilmente compuestas en favor de la causa comun; y en efecto, logró lo que deseaba. El ánsia de hacer la corte á un prelado poderoso, á quien se lisonjeaban haber empeñado en los intereses del partido superó los gritos de la conciencia y todos los sentimientos de honor. Escribió Quesnel á Boileau, principal agente en esta maquinacion, diciéndole que estaba sumamente disgustado de que el autor de las Observaciones (con quien aseguraba con una segunda mentira no menos descarada que la primera, no tener relacion alguna ni aun conocerlo), cualquiera que fuese, hubiese concebido la idea de semejante empresa, y la hubiese llevado á cabo de un modo tan contrario á la autoridad episcopal. Y para que nada faltase de cuanto caracteriza á un hipócrita, añade: «no se sospechará ciertamente de mi que uso de equívocos ó de restricciones mentales; sabido es que jamás he sido de mi gusto estas drogas.» No paró aun aquí: poco despues de esta protesta escribió de nuevo á Willart, para testificarle la estimacion que continuaba haciendo de las Observaciones. De esta suerte se burlaban, como de un juego, de la Religion y de la verdad estos supuestos enemigos del equívoco y de la restriccion mental.

Por el mismo tiempo tuvo Mr. Le-Tellier, arzobispo de Reims, una aventura muy parecida á la del de Paris. Con motivo de algunas tesis sostenidas en el colegio de jesuitas, publicó un larguísimo edicto que distribuyó en claustro pleno á la Sorbona, y se envió á Roma, á Flandes y á todos los obispos y ciudades del reino (1). La formacion de este escrito requería, á mas de la doctrina, un trabajo enorme, por lo que se creyó que no

(1) *Mem. Chronol. et crist. t. 4, p. 91.*

era obra del mismo prelado; y en efecto, puede aun verse en el *Diario de los Sabios* (1), que el doctor Vitasse compuso la mayor parte; pero en fin, el arzobispo de Reims le habia dado su nombre, y se vió obligado á sostenerlo.

El edicto, repartido á todo el mundo, estuvo muy lejos de ser aplaudido en todas partes. Canonizábase en él la doctrina de los tomistas, pero se reconocia la diferencia esencial que media entre la doctrina de esta escuela y la de Jansenio. Maltratábase en él al obispo de Iprés, y mas aun á sus discípulos, los que se representaban como unos presuntuosos, que pretendian penetrar el sentido de San Agustin mejor que todos los católicos juntos: estos tratamientos acibaraban demasiado el placer que por otra parte podia darles el edicto. No pudo contenerse el P. Quesnel, y dijo con despecho (2), que los que se encargaron de redactar el edicto habian atendido muy poco á la reputacion del prelado, cuyo nombre debia llevar: que á lo menos este prelado no debia exigir la creencia del hecho; que la creyese él mismo enhorabuena, despues que se habia declarado convencido de que las cinco proposiciones son de Jansenio; pero que era una farsa ridicula exigir que los demas tuviesen el mismo parecer. Incapaz siempre de moderacion, el P. Gerberon tomó el asunto en un tono muy distinto. «Inferirá todo el mundo, dice, que el arzobispo de Reims es aquel hombre hinchado de orgullo de que habla San Pablo, aquel doctor sin conocimiento alguno de la ciencia de los Santos, aquel arrebatado de la malignidad de su espíritu, de que nacen la envidia, la maledicencia, las siniestras sospechas y las disputas perniciosas.» No quedaron mas contentos del prelado los jesuitas que los jansenistas, pues el edicto se habia formado contra ellos (1697). No se hablaba en él de

Jansenio, sino para descargar despues la mano con mas rigor sobre la doctrina jesuitica, la que se calificaba de nueva, de peligrosa, de sospechosa y aun de errónea. La ciencia media era para el arzobispo de Reims el mónstruo de siete cabezas; profesábale tal antipatía, que llegaba á perturbar sus sentidos, y no le permitia hablar de ella mesuradamente. Habíase defendido en las tesis de Reims, que la ciencia media habia salido sana y salva en las mas terribles pruebas, y que no era mas pelagiana que calvinista. Aunque se añadía en las tesis, que nada habia mas terminante en la doctrina de San Agustin que la predestinacion gratuita, el arzobispo, enfurecido contra el defensor de la ciencia media, lo condenó por no haber sostenido que esta gratuita predestinacion á la gloria fuese un dogma de fé.

Daba esta censura sobrada materia á la critica para que muchas personas siempre prontas á inmiscuirse en las contiendas de otros, dejasen de divertirse á espensas del censor. Llegaron á contarse entre ellas algunos que, segun la voz comun, ocupaban puestos muy distinguidos en el mundo. El tono brusco y los modales groseros que usaba este prelado, hijo del canceller Le-Tellier, hermano del ministro Louvois y que vivia entre las personas mas propias para suavizar su carácter, no habian aumentado el número de sus amigos. Esparcióse en breve una multitud de sátiras, entre las que corrió con especial aceptacion la titulada *Maurólico*, en que el autor hacia un paralelo muy picante entre un antiguo abad de este nombre y el arzobispo, que no le habia perdonado en su edicto. Fingiendo el satírico tomar la defensa del arzobispo de Reims, se hace objetar que la autoridad de este prelado, por grande que fuese, si se pusiera en balanza con la doctrina de Maurólico, correria peligro de quedarse inferior. «Pero Dios sabe, responde él mismo, que he tapado la boca á estas buenas gentes. Maurólico, me decian,

(1) *Journal des Savans, 17 Janv. 1698.*

(2) *Causa Quesnel. p. 175.*

era un hombre docto y de gran consideracion en su tiempo: y monseñor el arzobispo de Reims, contestaba yo, es el primer par de Francia y muy temido en su diócesis. Maurólico, instaban ellos, era hombre de singular piedad y de conducta ejemplar; y monseñor el arzobispo, replicaba yo, es comendador de la orden del Espíritu Santo, y maestro de la capilla del rey. Maurólico, añadian, era de distinguido nacimiento, de la antigua casa de los Maralles; y monseñor el arzobispo de Reims, respondia yo, tiene la cualidad de provisor de la Sorbona, escuela la mas antigua del mundo. A todo esto no tenian que contestar.

¡No permita Dios que tributemos aplausos á semejantes libelos, tan contrarios á la caridad cristiana, y al respeto debido á las personas constituidas en dignidad eclesiástica! Pero la posteridad tiene derechos imprescriptibles de juzgar los hechos públicos, y el mejor uso que se puede hacer de este derecho es dar oportunos avisos para que todos procuren evitar los escollos que han venido á ser famosos por ruidosos naufragios. Todo hombre constituido en dignidad, por elevado que sea el puesto que ocupa, está siempre sometido al juicio del público; y todo ministro de la Iglesia especialmente, todo prelado, por alta que sea su dignidad, que quiera ante este tribunal mantenerse en equilibrio entre la fé y el error, entre la Iglesia y las sectas, ó halagar como político dos partidos tan contrarios, á mas de que vendrá á ser infaliblemente odioso á entrambos, llevará siempre impreso el oprobio que merece un hombre inconsiderado que aprecia la virtud y tributa homenajes al vicio.

Hemos ya insinuado que los disgustos y pesares que ocasionaron al arzobispo de Paris las circunstancias en que condenó el libro de la *Exposicion de la fé*, no terminaron en el año de la proscripción. Puede aun mirarse como nacido de esta fuente el famoso *Problema* que dos años despues se propuso al abate Boileau,

y cuya solucion, que en defecto del abate dió el parlamento con un decreto de condenacion, ni acarreo mayor consuelo al prelado ni satisfaccion y contento al autor. El problema estaba concebido en estos términos: ¿A quién debemos creer, á monseñor Luis Antonio de Noailles, obispo de Chalons en 1695, ó á monseñor Luis Antonio de Noailles, arzobispo de Paris en 1696? Espliquemos ahora el motivo y el objeto de este escrito.

Mr. de Noailles, siendo obispo de Chalons, habia dado en 23 de junio de 1695 una aprobacion pomposa á las *Reflexiones morales* sobre el Nuevo Testamento que le habia dedicado el P. Quesnel, y además dirigió un exhorto á los eclesiásticos para que las leyesen. Aseguraba que el autor habia recogido lo mas bello y patético que escribieron los Santos Padres, y que habia hecho de todo ello un extracto luminoso y lleno de uncion: que se aplicaban allí claramente las dificultades, y se trataban las verdades mas sublimes de la Religion con aquella fuerza y suavidad del Espíritu Santo, á que no se resisten los corazones mas duros; que hay allí cosas para edificarse é instruirse: que los eclesiásticos aprenderian á dirigir á los pueblos que están á su cargo; que hallarian el pan de la palabra con que deben alimentarlos, preparado para distribuirse: en fin, que este libro les serviria de una biblioteca entera, les llenaria de la ciencia eminente de Jesucristo, y los pondria en estado de comunicarla á los demas. No era fácil hacer mayores elogios de una obra, y los hacia un prelado que tenia gran reputacion de piedad. Pero el obispo de Chalons condenó en el año siguiente, siendo arzobispo de Paris, la *Exposicion de la fé católica*, y la notó de herejía y de todas las calificaciones infamantes que hemos visto. Publicóse, pues, un escrito con el título de *Problema*, en que se pretende que la doctrina de las *Reflexiones* aprobadas en Chalons en 1695, y la de la *Exposicion* condenada en Paris en 1696, es absolutamen-

te la misma. Para probarlo hace el autor del Problema un paralelo entre las dos obras, y muestra con el cotejo de un gran número de pasages, que no hay diferencia alguna entre ellas en cuanto á la sustancia de las cosas, y casi ninguna otra que la del plan ó método, porque la Exposicion de la fé está en forma de catecismo por preguntas y respuestas, y las Reflexiones morales están en forma de consideraciones. Por lo demás, no decide sobre el fondo de la doctrina, y afecta no tomar ningun partido acerca de este punto; pero insiste de una manera muy mortificante para el prelado en la contrariedad de la censura y de la aprobacion. Dice y repite mil veces, que la censura destruye la aprobacion, y que la aprobacion destruye la censura: que no se pudo aprobar ni censurar una de las dos obras, sin aprobar ó censurar la otra. Por fin, quiere que se le diga á quién se ha de creer; al obispo de Chalons, aprobando con elogios magníficos las *Reflexiones morales*, ó al mismo prelado, arzobispo de Paris, calificando de obra perniciosa la *Exposicion de la fé*.

Apresuróse el parlamento á contener el escándalo, proscribiendo el Problema. Mr. D'Aguesseau, entonces fiscal y despues canceller de Francia, habló de él con la mayor energía, como de un libelo cuyo solo título era una injuria enorme hecha á un prelado digno de todo respeto. Con no menor fuerza que exactitud dijo que el autor llamaba á juicio, no solo la Religion de un arzobispo, sino tambien su propia razon; que ora le acusaba de herejía, ora de contradiccion; que por una parte le representaba como un obispo digno de ser anumerado entre los mas declarados jansenistas que hayan podido figurar á la cabeza de esta secta, y por otra como un prelado de fé imbecil, incierta y contraria á sí misma; como un juez infiel que aprueba lo que debe condenar y condena lo que debe aprobar: herege cuando aprueba, temerario cuando condena, é igualmente incapaz de constan-

cia en el partido del error que en el seguimiento de la verdad. En vista de lo cual pidió el elocuente magistrado que se reprimiese la licencia con que aparecian desde hacia algun tiempo libelos injuriosos á la dignidad episcopal. Dióse la sentencia conforme al parecer fiscal, y el problema fué rasgado y quemado delante de la puerta principal de la iglesia de Nuestra Señora (1699). Un jansenista de la infima clase dijo (1) que semejante Problema no merecia otra resolucion. Pero el P. Gerberon, siempre franco y siempre bilioso, espresó su modo de pensar en estos términos: «No se debe juzgar de un libro segun la declamacion de un fiscal mal instruido, ni segun la sentencia pronunciada conforme al parecer del declamador (2).» Del mismo modo se esplicó el ministro Jurieu en su tratado de la Teologia mistica: «No se debe responder, dice, á esta clase de argumentos con un decreto del parlamento, con un verdugo y con una hoguera encendida.» Pero ni el calvinista ni el jansenista tenian á su favor mas que un falso aspecto de razon; porque el parlamento queria, no dar la norma de la doctrina, sino reprimir la insolencia.

Era de esperar que se procurase descubrir al autor de una obra tan picante. En efecto, se hicieron diligentes pesquisas, se discurrió, se conjeturó, esparciéronse mil imputaciones, y como no ocurría desorden alguno que los jansenistas no atribuyesen inmediatamente á los jesuitas, publicaron que el Problema no habia podido salir sino de una oficina de molinistas, y la grande razon que alegaban era decir que solos los jesuitas tenian interés en desacreditar la Instruccion pastoral de Paris. Pero la Instruccion pastoral condenando la Exposicion de la fé que contenia todo el veneno del jansenismo, habia proscribido la doctrina

(1) *Solut. de divers. problem. tres importants pour la paix de l'Eglise.*

(2) *Procès du P. Gerber. cap. 6, pag. 9.*

mas opuesta á la de los jesuitas; ¿cómo, pues, sostener que solos los jesuitas estaban interesados en desacreditar la Instrucción? Es verdad que un jesuita, mas conocido por su nacimiento que por sus luces, á saber, el P. Souastre, hizo imprimir el Problema en Bruselas; pero es mas que verosímil que en la trama formada para inducir á ello á este buen Padre, se quiso renovar una farsa semejante á la del supuesto Arnaldo, y desquitarse de ella haciendo representar al P. Souastre el papel del bachiller Ligny. Además el P. Gerberon vino á constituirse defensor de los jesuitas contra los que los acusaban de haber compuesto el Problema eclesiástico; aunque bien es verdad que se resolvió á defenderlos, no con el fin de hacerles justicia, sino solo para impedir que se le honrase atribuyéndoles un escrito digno, á su parecer, de los mas célebres jansenistas. En efecto, la última de las tres conferencias de las *damas instruidas*, que compuso después, se dirige á probar que el Problema era obra de un agustiniiano; en la Apología que publicó del mismo escrito, sostiene de nuevo que era un error atribuirlo á los jesuitas: por último, en los interrogatorios que se le hicieron en el tiempo de su prision, confesó claramente que habia compuesto la Apología del Problema para demostrar cuán ridícula era la imputacion que de él se hacia á la Compañía. Han creído muchos poder juzgar sin temeridad que el Problema fué obra del P. Thierry de Viaixne, cohermano del P. Gerberon, y célebre jansenista, pues cuando tambien fué apresado, se encontró entre sus papeles una copia del Problema escrita de su propio puño, lo que no pudo negar; sobre lo cual, como tambien sobre todo el negocio se defendió tan malamente, que su defensa parecia equivaler á una confesion.

El Problema no tuvo en Roma mejor suerte que en Paris, pues allí fué condenado el 2 de julio de 1700 por un decreto del santo Oficio. Empero un decreto mucho mas ruido-

so, emanado de allí mismo en el año anterior, ocupaba toda la atencion de la Francia, dividida por la admiracion entre las dos águilas, si es permitido hablar así, de su clero. Nadie hablaba entonces mas que de la censura que se habia pronunciado en Roma contra el famoso libro de la *Esplicacion de las máximas de los Santos sobre la vida interior*, compuesta por Fenelon, y combatida por Bossuet.

Después de la conclusion pacífica de las conferencias de Issi y de la sumision sincera de madama Guyon, parecia deber esperarse que la paz estaba restablecida para siempre; pero ni los agresores, ni los defensores de lo que se llamaba puro amor, estaban contentos con lo que se habia determinado hasta entonces para defender de toda ilusion la vida interior, y para acreditar sus prácticas mas perfectas. Ya hemos visto que Bossuet, confesando desde luego que habia leído poco los libros místicos, no tuvo dificultad en tomar la primera tintura de ellos en el análisis que de los mismos libros hizo á este efecto el piadoso abate Fenelon. Pero Bossuet, hombre á propósito para todo, y dotado en particular de un talento único para presentar con claridad las mas sublimes materias de la teología, sin disminuir en nada su elevacion, se halló muy pronto en estado de tratar de la vida mística como maestro profundo y como orador interesante. Ofreció al público el plan de una obra que abrazaba esta materia espinosa en toda su estension, estableciendo los principios de la verdadera oracion, examinando la naturaleza y el mérito de las oraciones extraordinarias, e indicando las pruebas que Dios hace de las almas contemplativas y los escollos que estas deben de temer. Sin embargo, de las cinco partes que debian formar este tratado completo de la teología mística, no escribió, ó á lo menos no publicó mas que la primera (1697). En ella, para mostrar lo verdadero y lo falso con respecto á los varios estados de oracion, esponia el autor los errores de los nuevos mis-

ticos, y esplicaba la razon por qué habian sido condenados. Esta primera parte, dividida en diez libros, se halla entre las obras de Bossuet con el título de *Instrucción sobre los estados de oracion*. Mientras Bossuet trabajaba infatigablemente en esta grande obra anunciada en una Pastoral razonada sobre el mismo asunto, Fenelon, por su parte, estaba ocupado en escribir una obra contraria, que no creia menos útil. Proponíase en ella vengar á los que llamaban nuevos místicos de las imputaciones infames que se acumulaban contra ellos, y demostrar que su doctrina nada tenia que ver con la de Molinos, ni debia dar ningun cuidado, ni habia en ella nada de nuevo. Pretendia que los contemplativos mas respetados en todos los siglos se habian valido de espresiones tan extraordinarias como los modernos, á quienes tanto se procuraba desacreditar; y que era injusto tomar estos términos al pie de la letra en los escritos de unos, y no en los de otros. No dejaba de haber alguna verdad en estos principios; pero ¿á cuántos escollos no esponia su aplicacion y desenvolvimiento?

Luego que el obispo de Meaux concluyó la primera parte de su obra, que es lo único que ha llegado á nosotros, pidió á Fenelon, á quien acababa de consagrar arzobispo de Cambray, que la honrase con su aprobacion, como lo habian hecho ya el arzobispo de Paris y el obispo de Chartres. Esta deferencia fué muy sospechosa para el nuevo arzobispo, porque le habian avisado de varias partes que el obispo de Meaux se gloriaba con sus amigos de haberle obligado á renunciar sus errores, y que queria sacarle una retractacion, á lo menos indirecta, y bastante auténtica para obligarle por principios de honor á no escribir sobre el mismo asunto. No tenia Bossuet la menor duda en que habia de conseguir la aprobacion; pero el arzobispo de Cambray, que se disponia á marchar á su

diócesis, apenas dió una ojeada al manuscrito que le habian dejado, miró la aprobacion que se le pedia como un lazo que se armaba á su buena fé y como un documento que querian sacarle para deshonorarle á él y á sus amigos.

Vió con sorpresa que el autor tiraba principalmente á realizar la suposicion de una herejia disfrazada, que en nada se diferenciaba de la que habia condenado Roma en los escritos de Molinos; y que referia muchos pasages sacados de los libros de madama Guyon, á los cuales atribuia los sentidos mas horribles del molinismo, aunque el mismo obispo de Meaux habia justificado la fé de esta señora con una certificacion auténtica y aun asegurado que en esta clase de materias no se trataba de las consecuencias remotas que pueden deducirse de un principio, pero que se desaprobaban, ni de algunos modos de hablar que son exagerados, pero que pueden reducirse á una espresion esacta. Declaró, pues, con la franqueza que le era característica, que no aprobaria una obra escrita de intento para difamar á una muger, á quien habia estimado y tratado con aprecio delante de muchas personas de carácter que tenian confianza en él: que si se llegaba á ver su nombre en semejante obra, el efecto que de aquí resultaria seria renovar la memoria de las relaciones que habia tenido con aquella señora, relaciones que creia mas conveniente se echasen en olvido: que se interesaba poco en los escritos de ella; pero que un obispo debia, por su propia reputacion, por caridad y por justicia, no reconocer auténticamente que hubiese enseñado errores monstruosos y dignos de un castigo ejemplar, estando convencido, como lo estaba, y como ella misma lo habia declarado tantas veces, de que jamás habia sido esa su intencion. Mas sensible á la injuria de sus amigos, á quienes se pintaba con los mas negros colores, que á su interés propio y á los muchos riesgos á que iba á esponerse, continuó su obra, y la tenia en disposicion de pu-

blicarla en caso necesario, para mostrar cuán diferente era la doctrina de sus amigos de la que se les imputaba.

Por su parte Bossuet, quejándose amargamente de que le hubiese negado la aprobacion que había pedido, pretendió que esto era un asunto, no ya de mera atencion y conveniencia, sino de obligacion y conciencia, y quiso persuadir que iba á haber un cisma en el episcopado, que el público penetraría la causa de esta division, y que de aqui resultaría un verdadero escándalo. Pero, á pesar de todas sus declamaciones, el arzobispo de Cambray permaneció firme en su primera resolucion; pues era manifesto que la negativa de la aprobacion estaba muy oculta hasta entonces, de modo que no podia indicar la menor desavenencia entre los dos prelados sino en cuanto llegase á divulgarse, y como el obispo de Meaux era dueño absoluto del secreto, le era tan fácil obviar el escándalo como guardar silencio. Mas no pudo contenerse Bossuet, ó á lo menos no se detuvo en hablar. Tal fué, segun la opinion de varias personas instruidas é imparciales, la primera causa de esta triste contienda.

Otros muchos censores pretenden haber la causa de ella en los celos de un prelado, que había llegado á lo sumo de la gloria episcopal y literaria, contra un obispo joven, cuya extraordinaria reputacion de espíritu y de ingenio unida á sus virtudes, tanto mas amables, cuanto mas puras y menos corrompidas, parecía destinarlo á los puestos mas elevados y á las mayores empresas, principalmente habiendo conseguido en la flor de su edad, con una distincion sin ejemplo, el cargo de preceptor de los hijos del rey. Habian ya concurrido los dos y disputádose el título de limosnero mayor de la duquesa de Borgoña, y aunque lo obtuvo el anciano prelado, se dice que jamás miró ya con buen ojo á su joven rival. Añádese, que echándose en cara mutuamente la pluralidad de beneficios, no pudo ver Bos-

suet con paciencia que su contrario hiciera la renuncia de un abadiazgo y de un mediano priorato cuando fué promovido al arzobispado, y aun el piadoso Fenelon no aceptó el arzobispado sino con la condicion de residir nueve meses cada año en su diócesis, esto es, no estar junto con sus augustos alumnos sino los solos tres meses de vacante que permiten los cánones, lo que en cierto modo pudo tomarse como una censura de la conducta de Bossuet.

De aqui nacieron todas las acusaciones de los amigos de Fenelon y aun de muchos imparciales, contra la pureza y desinterés del celo ardiente de Bossuet en combatir el nuevo quietismo. Por el contrario, los amigos de Bossuet han clamado, como contra una injuria y calumnia, contra la acusacion de envidia, de venganza y de los mas viles sentimientos de un prelado, cuya gloria no podia recibir nuevas creces; que miraba cualquiera otra reputacion como muy inferior á la suya; que ocupado toda su vida en combatir á los enemigos de la Religion había salido siempre victorioso; que, en fin, manifestaba sin cesar no tener otro interés que los de la Iglesia y de la virtud. A estos elogios, replicaban sin embargo los contrarios, que la pasion de gloria, mas que otra alguna, jamás dice *basta*; que el hombre constituido en el mayor grado de elevacion, teme tanto ver á otro que se le sienta al lado y corra parejas con él, cuanto le sería insufrible, estando en un grado inferior, ver á otro elevarse sobre él. Sin tomar partido en esta lid, que la historia solamente debe exponer y referir su estado con sencillez, pues solo á Dios pertenece penetrar el fondo del corazón humano, observemos no obstante por una parte, que los grandes hombres tienen comunmente grandes debilidades, y por otra, que las almas sensibles, aun las mas piadosas é ingenuas, rara vez dejan de dar en la exageracion cuando la viveza del dolor les hace prorumpir en lamentos.

Cualquiera, pues, que fuesen las disposi-

ciones de Bossuet, ello lo cierto es que quedó sumamente resentido de que se hubiese negado la aprobacion á su obra (1696); y él mismo lo manifestó en otra que escribió despues intitulada: *Relacion sobre el quietismo*. Pero todo se hubiera acabado en paz, si Fenelon hubiera podido desprenderse de la preocupacion en que estaba acerca de la necesidad de justificar á los místicos cuyas especulaciones, por lo comun ininteligibles aun á los teólogos, esceden absolutamente la capacidad de la mayor parte de los fieles. Mas estando firmemente persuadido de que en esta vida se puede amar á Dios continuamente y únicamente por sí mismo, sin ningun motivo de temor ni de esperanza, se creía obligado á persuadirlo á los demas, aunque en realidad era indubitable que erraba segun todos los principios, porque esta perfeccion consumada solo pertenece á los bienaventurados que están en el cielo. Con cuyo motivo se puede decir, que si hay errores honrosos y faltas felices, con dificultad podria haber otra que hiciese mas honor al alma pura que solo había incurrido en ella por un exceso de piedad.

El primer designio de Fenelon había sido únicamente explicar los treinta y cuatro artículos de las conferencias de Issi, añadiendo á cada uno de ellos los dictámenes y aun las espresiones de los autores espirituales, universalmente respetados. El autor comunicó su escrito al arzobispo de Paris y á Mr. Tronson, que habían sido comisionados en las conferencias, y nada hallaron que censurar en él; pero no le pareció oportuno comunicarle al tercer comisionado; esto es, á Bossuet, despues de haber negado su propia aprobacion á una obra de este prelado. Hé aqui otro nuevo manantial de disgusto y resentimiento. No obstante, el arzobispo de Cambray se dispuso á publicar su libro. Ya le estaba revisando con este objeto, y creyó que no era suficiente para el plan que se había propuesto. Dióle mas estension, y al mismo tiempo mas orden, conexión,

nervio y solidez. Con esta nueva forma, que en la sustancia no se apartaba de la primera, ó á lo menos conservaba su idea principal, se reducía toda la doctrina de los místicos á cierto número de máximas, y cada una de ellas estaba corroborada con la autoridad de los escritores mas célebres en esta materia, así antiguos como modernos. Estos pasages servían á un mismo tiempo de prueba y de explicacion á la máxima á que correspondían. Dispuesta así la obra, fué examinada otra vez por el arzobispo de Paris, á quien pareció demasiado larga y recargada de citas, y por lo mismo exhortó al autor y consiguió de él que la abreviase, ó por mejor decir, que la mutilase y enervase.

De esta suerte la docilidad del arzobispo de Cambray echó á perder su obra, como que la supresion que hizo en ella, especialmente de las autoridades de una infinidad de autores respetables, la despojó de su principal fuerza, y por decirlo así, de su salvaguardia. Antes de esta supresion no era posible impugnarla sin impugnar al mismo tiempo á los místicos mas profundos y santos de todas las edades; y despues de ella podia ser embestida por todas partes, sin que la guardase la menor defensa. No es esto decir que la Iglesia, siempre iluminada por el Espíritu Santo, no hubiera descubierto el error de cualquier modo que se hubiese presentado, si las máximas así resguardadas, por decirlo así, hubiesen tenido el mismo sentido que si estuvieran aisladas; pero como el sentido del autor, ó el sentido literal y natural de una proposicion, que es el único de que juzga la Iglesia, depende principalmente de lo que la acompaña, precede y sigue, en una palabra, del contesto general del escrito, lo que se juzgó erróneo en el libro de las Máximas despues de las supresiones de que hemos hablado, hubiera sido quizá juzgado de otro modo antes de una alteracion que le había quitado toda la serie y trabazon de que constaba al principio.